

URIEL MOLINA O.F.M.

LA ALIENACION RELIGIOSA EN EL MARXISMO

En estos últimos tiempos se nota un notable acercamiento entre cristianos y marxistas. Ese acercamiento es un factor positivo en el desenvolvimiento de la civilización de nuestro tiempo y, por lo tanto, me ha parecido útil tratar el tema de la alienación religiosa en el marxismo, poniendo de relieve sus connotaciones teológicas. Si hay pues un acercamiento, será necesario que el teólogo católico emita su juicio acerca de ciertas posturas ideológicas del marxismo que encuentran una máxima resonancia en los espíritus pensantes de nuestros contemporáneos.

Dividiré mi trabajo en cuatro partes: una introducción, un cuerpo integrado por dos puntos: los postulados doctrinales del materialismo histórico y la interpretación marxista del hecho religioso. Finalmente haré una crítica a la posición del marxismo.

Los Hechos de los Apóstoles describen minuciosamente la vida de la primera comunidad cristiana: "Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno." (Ac. 2,44.45). Este texto tiene una importancia extraordinaria, no solamente porque nos muestra al vivo la enseñanza evangélica traducida en práctica de vida comunitaria, sino porque al describirnos la Biblia esa vida primitiva del primitivo cristianismo, lo hace con matices de carácter profético que condicionan en lo sucesivo la vida de toda comunidad que quiera llamarse cristiana.

La importancia del texto mencionado aumenta, si se piensa que ha sido exegétizado y estudiado con suma atención por los seguidores del marxismo, quienes han querido encontrar en él el eco más vivo de sus aspiraciones. Por eso, pienso, un diálogo entre marxistas y cristianos tendrá que ser realizado a partir de esa palabra bíblica que nos une en una común aspiración.

Nadie ignora el fascinante atractivo que ejerce el marxismo en las filas de los jóvenes de hoy. Se siente en la atmósfera de todos los centros altos de estudio un sincero deseo de confrontar las posiciones hasta ahora adquiridas por puro tradicionalismo con las nuevas perspectivas y soluciones que ofrecen los marxistas. El teólogo católico debe también ofrecer una puerta abierta al diálogo, porque la Iglesia con el Concilio Ecueménico Vaticano II no ha pretendido otra cosa mas que responder a los perennes interrogantes de la humanidad (IM, Concilio Vaticano II, BAC, 1965, p.212). Se impone a la Iglesia la tarea de conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones (ibidem). Es más el entrar en sintonía con el mundo, arranca de la misma razón de ser de la Iglesia que debe actuar como fermento y como alma de la sociedad, renovándose en Cristo y transformándose en familia de Dios (Lumen Gentium, ibidem, 38). Esta posición de la Iglesia comenzó a actuarse en concreto cuando Juan XXIII recibió al señor Ayoubel, yerno del secretario del Partido Co-

munista de la U.R.S.S. Más adelante Pablo VI recibió al señor Podgorny, jefe del Estado, hablando con él de la situación de los católicos en la Unión Soviética. Por eso, el señor Estanislao Stomma, presidente del grupo de diputados católicos de Znak, podía pronunciar un discurso el 20 de diciembre en la Dieta de Varsovia, diciendo que "una nueva manera de considerar a la Iglesia se manifestaba en el campo socialista y que muchas actitudes negativas del marxismo se explicaban en el campo socialista y que muchas actitudes negativas del marxismo se explicaban históricamente, por el hecho de continuar aferrados a posiciones clásicas de mediados del siglo XIX" (Cf. Informaciones Católicas Internacionales, 7 de marzo, 1967, p.26).

Varias tentativas de acercamiento han seguido realizándose en estos últimos años, hasta la publicación del libro de Roger Garandy, director del Centro de Estudios e Investigaciones Marxistas de París, intitulado "Del Anatema al Diálogo". En ese libro se subrayan absolutamente la necesidad de un diálogo, impuesto por una doble constatación: en primer lugar, la terrible realidad de que en esta era atómica está en manos del hombre la continuación o la destrucción de la vida civilizada sobre la tierra y la realidad cada vez más creciente de que la humanidad se divide entre creyentes y marxistas.

Esta nueva visión de las cosas nos obligan constantemente a redimensionar nuestras posiciones con respecto al marxismo y, por lo tanto, será necesario hacer un examen de sus postulados doctrinales.

A la base de todo el sistema marxista está la concepción antihegeliana, según la cual de la evolución histórica surge la idea que sale de la misma materia. La naturaleza material produce al hombre y éste entra en lucha con la naturaleza por su existencia. En esta lucha se puede triunfar solamente por la asociación. la lucha contra la naturaleza da lugar a las "relaciones de producción" entre los hombres, las cuales a su vez engendran las otras relaciones. Para Marx, los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material, producen también los principios, las ideas (Miseria de la filosofía, 1844). No hay, por consiguiente, verdades eternas, ni principios fijos, ni metafísica. Todo no es más que un producto transitorio de la evolución histórica en dependencia de las fuerzas económicas y variantes como ellas. No hay nada inmutable más que la abstracción del movimiento que él llama "mors immortalis". La aparente fijeza de ciertos principios en el pasado y en el presente deriva del hecho de que siempre ha existido la explotación de una parte de la sociedad por obra de la otra y que ésta ha hecho eternos ciertos principios conservadores (Manifiesto comunista, al final). No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida, la que determina la conciencia. De aquí un "humanismo real" contrapuesto al humanismo abstracto de los filósofos y de los socialistas doctrinarios. El hombre es el ser supremo para el hombre, pero como el individuo humano no existe y no está en relación con la naturaleza más que por la sociedad, el humanismo materialista tiende naturalmente a ser un sistema social. Ahora bien, puesto que la realidad externa está en evolución incesante, todo el proceso intelectual, debe ser "dialéctico" y el proceso práctico será revolucionario.

El marxismo como sistema filosófico es criticable, pero ha concebido un gran sueño y este sueño es religioso; no sólo religio

so, sino esencialmente cristiano. Marx no niega a Dios para afirmar mejor al hombre y la naturaleza sino que afirma sobre todo al hombre y la naturaleza como valores absolutos y primarios. Dios no se puede ni negar ni afirmar, porque el hombre y la naturaleza se han hecho Dios. El cristiano, dándose a Dios, entiende liberarse de sí mismo, de la esclavitud de la naturaleza y de las imposiciones sociales, y cuando el hombre se libra de la propiedad privada, se libra de una alienación y conquista su propia esencia.

Cuando Marx describe la futura ciudad comunista, describe el Reino de Dios del Evangelio. Es decir, ve la religión bajo forma de alienación y al mismo tiempo describe la no-alienación bajo una forma religiosa. Lo que él llama producción o industria no es mas que el advenimiento descrito en los Hechos de los Apóstoles. Las ventajas del proletariado no son más que la traducción en práctica de la frase de Pablo: "todo para los electos", que en definitiva es la "redención o resurrección". Al final de la actuación de su comunismo ideal, Marx concibe una parusía laica, una época de cumplimiento.

El marxismo pretende ser un humanismo que realice todas las posibilidades humanas mediante la liberación de las alienaciones económicas, sociales, políticas y religiosas. La sociedad perfecta surgirá cuando estas alienaciones hayan sido intuición ontológica acertada, que consiste en suponer que la perfección y felicidad del hombre y por tanto, la superación de todas las alienaciones, no puede darse sino en la plena y espontánea coincidencia de cada uno de los individuos con todo aquel entramado de relaciones necesarias y objetivas que lo vinculan a la totalidad que lo envuelve. Si se logra esta fusión armoniosa, se ha conseguido la integración, porque el mal y esta intuición marxista, humana, filosófica y cristiana nos es común a todos está en la división.

Hay que comprender al marxismo, analizando su posición frente al liberalismo puro. El liberalismo puro pretende que las libertades puedan convivir sin ninguna presión supraindividual, de suerte que el puro juego de estas libertades individuales, quizás porque reflejen cada una un orden divino, crea automáticamente el orden. El marxismo cree saber que para que la libertad produzca automáticamente este armonioso orden final, es necesario liberarla de muchas más trabas que las simplemente políticas, que hay una serie complicada de alienaciones, de impedimentos, sobre todo de orden económico y social, que impiden la consecución de esta meta. A Marx le molestaba la concepción roussoniana de la sociedad como límite o nivel superior a la instancia y al nivel de las libertades individuales. Para Marx la sociedad no puede ser un límite, ni siquiera una norma o una superioridad; es, por el contrario, el ámbito, la atmósfera natural del desarrollo de las libertades individuales. Por eso, dice el Manifiesto, que cuando se llegue a la sociedad perfecta, el libre desarrollo de cada uno será la condición para el libre desarrollo de todos.

Por qué se dificulta entonces la marcha de la Historia hacia la meta futura?

Marx responde: por la alienación en que el hombre se encuentra prendido. Ahora bien, el concepto de alienación, no es un concepto propio de Marx. Era un concepto de moda en la primera mitad del siglo XIX que se convirtió en la clave de todo el sistema marxista. Se da alienación, cuando el hombre, por creer que no son suyas,

se priva de auténticas posibilidades suyas y las transfiere a otro, a algo sobre-humano o extra-humano. En este sentido, toda ideología es alienante, según los marxistas, porque la ideología representa el interés particular de una clase dominadora o el estado de inferioridad de los hombres, proyectados en forma de valores universales. La alienación constituye un orden abstracto, un orden de valores inmutables que se le imponen al hombre, como algo que tiene que aceptar necesariamente. Por consiguiente, paralizan todo intento de acción transformadora. La alienación mas radical de todas es la económica. De ella brota la alienación social y de ésta dimana, a su vez, la alienación política. El hombre se encuentra escindido por las clases sociales, por el Estado, que justifica y defiende estas clases.

La alienación que última a las demás es la alienación religiosa. Desde las mas primitivas etapas de la Historia hasta nuestros días, la ignorancia frente a la naturaleza ha suscitado, sobre todo entre los primitivos, sentimientos de impotencia que se reflejan en la creencia en un poder superior imaginario, personificado, casi siempre, al cual se abandona la marcha de las cosas. Feuerbach sostenía que el hombre se enajenaba a sí mismo, cuando proyectaba en Dios sus propias posibilidades o apetencias. Dios sería como la imagen ilusoria del hombre. El hombre, por tanto, se quedaría en una espera inútil, absolutamente estéril, porque estaría a la espera de su propio reflejo, de su propia sombra. Marx y Engels hacen una corrección indispensable a Feurbach. Feurbach habla de hombre, pero según Marx el hombre no existe. El hombre se da en el proceso económico-social, en el conjunto de las relaciones del trabajo y de la vida en sociedad. El hombre por lo tanto es un hombre social. Lo que pasa es que se encuentra desenchajado en la vida económica, social, política y religiosa.

Dos son las funciones dominantes en toda actitud religiosa. Por la primera, los oprimidos o los ignorantes proyectan su estado de sujeción, que dimana de su debilidad ante la naturaleza desconocida o ante la clase opresora, hacia un ser sobrehumano. Este estado de opresión o de miseria aparece como de institución divina, regulado por una ley eterna que hay que respetar. El dolor es ineludible; tiene que ser llevado con resignación y humildad. Los opresores se encargarán hábilmente de mantener y fomentar ideológicamente esta interpretación, que tanto fortalece su dominio, al mismo tiempo que procurarán santificar la explotación mediante una fácil, una superficial providencia.

Por la segunda función, los oprimidos se consuelan evasivamente con la esperanza ilusoria de una liberación más allá de la muerte. La religión se reduce a una moral de consolación y esta es una consolación evasiva. La religión paraliza la lucha social, que es la única fuerza redentora del hombre. Si la religión es un fenómeno derivado, sin consistencia específica, si no es mas que el reflejo de una opresión económica-social o de un estado de ignorancia, bastará que avance la ciencia o la liberación económica de los hombres, para que desaparezca sin necesidad de expulsarla. La religión no entra para nada como constitutivo del ser humano, de este enigma y misterio profundo que es el hombre. Solo cuando esta se disipe logrará conciliar las partes y facetas de su ser divino, es decir, será plenamente hombre en la plenitud de la vida social.

El análisis que hace el marxismo de la religión es muy pobre. No capta el sentido y el valor específico de la religión respecto a la salvación total del hombre. Se nota en esta posición una auténtica carencia de vivencia religiosa. Además, hay que tener en cuenta que Marx y Engels combatían apasionadamente contra dos formas de alienación, que hacia mediados del siglo XIX parecían decisivas: la del capitalismo en lo económico y la de la filosofía idealista en lo ideológico. Ellos identifican la religión con estas dos actitudes con el capitalismo, en lo que tiene de opresor y paralizante en el desarrollo social y con el idealismo, en lo que tiene de abstracción evasiva que impide dedicarse al esfuerzo y a la tarea concreta de la transformación de la vida humana. Cuando Marx comenzó a fraguar su pensamiento en esta materia, en muchos sectores de la cultura moderna sobre todo germana, la religión se daba por muerta.

Pero hay mas que decir. Los marxistas han intentado disminuir el problema de la religión en el terreno de los orígenes y en esperar mas perfección en las etapas sucesivas que en las iniciales. Se apasionaron con una de las hipótesis de la época que suponía la irreligiosidad o arreligiosidad espontánea y natural de los hombres mas antiguos. Pensaron que la ignorancia del primitivo ante la naturaleza le lleva a transformarla en religión, a personificar en espíritu una serie de fuerzas y de leyes ocultas que la ciencia mas tarde irá descubriendo, analizando y articulando sistemáticamente.

Pero la dificultad mayor es dada cuando se estudian las religiones históricas y muy particularmente la religión judaica y cristiana. El cristianismo no puede explicarse como fenómeno económico o materialista y los judíos, sobre todo en las fases más antiguas, no proyectaban su religiosidad hacia una vida supra terrena.

Sin embargo, tenemos que reconocer, que a pesar de todo, los marxistas profesan un extraño aprecio, es decir reconocen, con mas coherencia que ningún otro sistema antirreligioso del siglo XIX, la importancia decisiva de la religión -bien sea como factor positivo del hombre, bien sea como factor negativo-, pero, en definitiva, importancia histórica. Esta actitud se hace patente cuando comparamos la actitud de los marxistas con la actitud del agnosticismo liberal. Para el liberalismo, Dios, la religión, son prácticamente sustituidos por dos palabras: libertad y dignidad de la persona humana. El marxista en cambio parte de un presupuesto: el hombre es una evidente emanación de la naturaleza material y por consiguiente todos los valores del hombre dependen de la relación del hombre con ella, es decir, de la estructura económico-social.

Como humanismo integral, el marxismo pretende reconquistar los derechos y los poderes, que enajenaba en Dios. Pretende realizar la perfección que se atribuía a Dios en el ámbito humano. Cuando la sociedad futura sea perfecta, se conseguirá la verdadera realidad de Dios. Hay en esta postura una innegable tonalidad religiosa.

Pero el marxismo falla cuando pretendiendo construir la sociedad nueva, le señala a la humanidad un camino con un trazado realista, racionalista, que se puede y se debe calcular y programar. Esta pretensión utópica ha sido acusada de profetismo sin Dios, de es

peranza mesiánica, comparada con la de los judíos, pero sin pueblo judío, sin pueblo de Dios.

Si esta sociedad del futuro no se realiza, el marxismo es falso. Elimina en nombre de un ideal de perfección humana, porque si esa sociedad del futuro no se realiza, la religión es un ingrediente de la perfección humana y no una alienación que impida la verdadera realización humana. Si la religión es verdaderamente una alienación, no podrá nunca en la sociedad futura una evasión hacia lo supratemporal, ninguna inquietud ni nostalgia trascendente. Pero en el hombre hay aspectos que lo trascienden, que forman parte de su realidad, que indican un modo de su ser. El marxismo ha captado muy bien esto, pero falla cuando ha tratado de darles una explicación en el ámbito espaciotemporal.

Con todo, debemos decir que la religión en las formas históricas, con las que Marx se tropezó, era alienante. A esta interpretación marxista, por desgracia, daban y damos ocasión y pretexto los cristianos, si convertimos, de cualquier modo que esto suceda, la vida religiosa en una pantalla justificante o paralizante de nuestros propios intereses. La religión no es alienante en su núcleo esencial, porque esto jamás lo podrá demostrar nadie mientras no se dé una explicación suficiente de los anhelos religiosos. Pero la religión, como la política, como el mismo marxismo, está siempre avocada a formas de alienación y la forma suprema de la alienación en la vida religiosa consiste en que no se realicen flexiblemente, continuada y valientemente las exigencias activas y sociales de la caridad.

En el cristianismo, las exigencias morales dependen en buena parte de la comunión de vida con Dios y la estimación de estas exigencias es un dinamismo, pero a veces la actitud caritativa del hombre se petrifica en una fórmula y al absolutizarse ésta, se paraliza la fuerza misma de la caridad. En nuestros tiempos está claro que una de las necesidades mas acuciantes de la vida moral es que la misma caridad, al nivel de las posibilidades técnicas y científicas de este momento de la historia, abra cauces jurídicos y la convivencia humana, a las interrelaciones económicas y sociales. Cuando la caridad no es el motor de la transformación de la naturaleza en favor de la familia humana y el vínculo que une a esta misma familia, sus realizaciones deficientes pueden llegar a ser verdadera alienaciones.

El catolicismo afirma que la última raíz de las alienaciones no ha sido agotada y, por tanto, se esconde después de todo análisis. La última raíz de estas situaciones de división, de egoísmo de falta de ajuste armonioso de los hombres es el pecado. Y el pecado es precisamente la ruptura de la unión con Dios. Es una falta de integración perfecta del hombre en la totalidad vital que es Dios.

No sabemos si, superados los equívocos de la interpretación marxista, se llegue a considerar la religión como no-alienante pero lo importante es ver que la trascendencia entra en el corazón de los marxistas y que los cristianos están prestos a participar en la responsabilidad de la inmanencia.

"LA UNIVERSIDAD CATOLICA HA DE DAR EL TESTIMONIO DE LA INTEGRACION DE LA CULTURA HUMANA Y LA TEOLOGIA: ES EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA, COMO INSTITUCION, DONDE LA IGLESIA MEJOR PUEDE DAR ESTE TESTIMONIO CON TODA SU AMPLITUD, PUES EN ELLA SE ARMONIZA EL CULTIVO DE LAS CIENCIAS Y LA TEOLOGIA EN UNA FORMA ORGANICA, PUBLICA Y ESTABLE".

"LA IGLESIA COMO TAL, NO PUEDE CUMPLIR DIRECTAMENTE ES TA FUNCION, SIENDO LA UNIVERSIDAD CATOLICA, COMO INSTITUCION DE ELLA, LA ENCARGADA DE LLEVARLA A CABO. ES EVIDENTE QUE LA UNIVERSIDAD NEUTRA O PLURALISTA ESTA IMPEDIDA DE LLENARLA, PUES NO BASA SU CONCEPCION DE LA CULTURA EN LA FE CRISTIANA. EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA LA IDEA DE "UNIVERSIDAD" Y LA DE "CATOLICA" FORMAN UNA UNIDAD-TOTALIDAD".

Cuarto Congreso de la Organización de Universidades
Católicas de América Latina, Lima Noviembre 1967

